

del propio Pijoán. Al recibir ahora la edición completa, impresa con muy buen gusto, no quiero dejar de registrar la aparición del libro, llamado a hacerse raro, si no se reimprime, pues se ha hecho una corta tirada, cuyos ejemplares buscarán con afán los coleccionistas, a quienes no satisface conservar un texto selecto, de los que no mueren en la primera lectura, en un manojo de periódicos.

¿Cómo no se ha publicado en España esta semblanza tan interesante, tan animada, tan viva y al mismo tiempo tan henchida de noble emoción y de respeto, y ha ido a editarse a San José de Costa Rica? Giner dejó un grupo escogido de discípulos que conservan la devoción de su memoria y sus enseñanzas. Sus *Obras completas* están publicándose. Cada día se percibe con mayor claridad lo mucho que le debe la cultura española. Creo que no habrá sido por indiferencia hacia el trabajo literario de Pijoán.

Los continuadores de la obra

de Giner, han heredado con la misión y la enseñanza del maestro, la hostilidad sorda y taimada que acechaba a aquella empresa generosa de vivificación de la cultura y de educación cívica. Es una de las cargas de la herencia. En obsequio a la obra se han impuesto una gran moderación, una gran reserva, un cuidado exquisito de no herir ningún sentimiento, una ejemplar transigencia. Acaso algunos juicios de Pijoán y su visión independiente y a mi entender verídica de la época y de sus personajes, chocaba con aquella línea de conducta y con el severo ambiente de Port-Royal secular, del grupo. Pero como los caminos de la Providencia son infinitos, acaso ha sido provechoso que este cordial retrato se publique en América para hacer amar y conocer mejor allí al gran maestro español y despertar el interés hacia su obra.

La *Historia del Mundo*, de Pijoán, es un excelente tipo de libro histórico para *gens du monde*, es decir, para lo que en la sociedad actual ha venido

a substituir a las *gens du monde* del antiguo régimen: la clase media ilustrada, capaz para interesarse por estas lecturas, pero sin una sólida preparación culta. Las ediciones lujosas, adornadas con ilustraciones gráficas artísticas y bien escogidas, como es la de este libro, facilitan la introducción de los conocimientos en esa zona media del público, que lee por placer y para instruirse, sin miras determinadamente científicas. Necesitan de un texto ameno y literario, condiciones que reúne el de Pijoán. Arqueólogo, hombre de muy varias lecturas, de inteligencia y sentido estético muy despiertos, ha sabido dar novedad a la exposición histórica, complaciéndose y deteniéndose en los grandes asuntos y en los particulares de la Historia de la civilización. Para una iniciación en la Historia, es preferible un Manual o Tratado didác-

tico como el Mallet, que ofrece un resumen del estado actual de los conocimientos, mas el libro de Pijoán, en compensación de lo que le falta, ofrece partes que no se encuentran generalmente en los libros de su clase y que son propias para interesar e instruir al público, al que principalmente se dirigen.

En el segundo volumen, consagrado al mundo clásico, los capítulos referentes a la cuestión homérica, a la evolución de la filosofía griega, al teatro heleno, a la escuela de Alejandría, ponen al lector en comunicación con el mundo antiguo, mejor que la narración de los sucesos. Pijoán ha sabido dar originalidad a su cuadro histórico. Hay en sus conclusiones y en las analogías que establece muchas puntos de vista certeros. Su obra es la destilación de muchas lecturas bajo la guía de un pensamiento personal.

Andrenio

Del precioso librito *Mi don Francisco Giner*, tenemos ejemplares disponibles. A \$3.00 (un dólar para el exterior) el ejemplar.

Del Cuzco salió el nuevo verbo y del Cuzco saldrá la nueva acción

México, D. F.
29 de Marzo de 1928.

A J. Guillermo Guevara
Director de *La Sierra*,
Lima.

Querido compañero y amigo:

Esteban Pavletich, el benjamín de los desterrados peruanos por la causa antiimperialista, ha partido a Nicaragua para sumarse a los legionarios del *Apra* que ayudarán a Sandino en su lucha gloriosa por la soberanía de nuestra América. Antes de salir me transmitió el mensaje de Ud. pidiéndome unas declaraciones especiales para *La Sierra*. Mi reciente viaje al norte mexicano y la partida de nuestro compañero, no nos permitieron formalizar una entrevista, cumpliendo su deseo, y quedé yo con el encargo de enviar por mi mismo el testimonio de mi salud y adhesión a la revista que he de llamar *nuestra*, tan acertadamente dirigida por Ud.

Sigo paso a paso, tanto como lo permite la censura postal, el proceso de despertamiento y de organización de la juventud peruana. No podría desatenderme de él, siendo como soy testigo y actor de las primeras agitaciones que rompieron con la indiferencia y la falsa idea de acción juvenil, concebida en el ambiente de frivolidad limeña como un vacuo exhibicionismo. Antes de la Reforma Universi-

taria de 1919 nuestra juventud creía que masculinidad era donjuanismo y talento, viveza criolla. El mismo gran movimiento reformista habría naufragado en la tibia y convencional marejada de limeñismo cobarde si el ímpetu provinciano no hubiera renovado el ambiente lanzado por la borda de los últimos representantes de la reacción capitalina que ya conducían nuestro glorioso movimiento hacia el derrotismo y hacia el compromiso. Entonces fui yo el intérprete de ese gran anhelo provinciano y electo Presidente de la Federación, sin carrozas presidenciales ni lujos de sastrería, en medio de la inquietud del conflicto que el entonces Rector de San Marcos trataba de arrastrar hacia la transacción, sistema de limeñísima patente. Recuerdo aquella época con fruición porque creo que fué en aquellos días cuando apareció el nuevo espíritu de la juventud. La Reforma fué su anuncio. El Congreso Nacional de Estudiantes, corolario de la lucha reformista y remate de su victoria, fué el punto de partida de nuestra acción posterior. Por algo me empeñé, derrotando a la reacción limeña, en que esa asamblea se realizara en el Cuzco. El Congreso Nacional de Estudiantes fué otra victoria provinciana y otra victoria serrana. De nuevo la reacción encabezada por el mismo Rector y ayudado por los más connotados directores del limeñismo, desa-

rollaron cuanto esfuerzo les fué dable para evitar la reunión del Congreso primero y para impedir que se celebrara en el Cuzco después. Viene siempre a mi memoria con orgullo,—con el antivanidoso orgullo que da tantos alientos con cada victoria, acicate tan fuerte como el que producen las derrotas en los espíritus enérgicos—, la época en que solo o casi solo luché por llevar al Cuzco la primera asamblea de la juventud peruana, buscando el lugar más difícil y más lejano para reunirla porque presentía que de ella saldría el espíritu del Perú nuevo y porque sabía que sólo del Ande vendría esa renovación. ¡Díaz hermosos aquellos en que de entre la maraña de vaguedades y desaciertos adjetivos, fuimos construyendo la base definitiva de nuestras actividades de hoy! Recuerdo que en alguna de esas sesiones admirables, mientras discutíamos, retumbaban los truenos y se vaciaban las nubes sobre el Cuzco eterno. Muchos costeños no habían escuchado jamás el rugir de los cielos y creyeron quizá que la juventud nacional estaba dictando su nueva ley en el Sinai de América. Lo que quedaba de reaccionario en la juventud peruana fué batido en el Cuzco. Lejos de Lima el microbio de la reacción no tiene ambiente en el Perú. Pero hasta los mismos vencidos parece que sintieron el honor de su derrota. Jamás habían tenido enemigos tan grandes ni ambiente tan magnífico. La intriga llevada de Lima cuidadosamente no prosperó en el Cuzco. Fué como esos jazmines de invernadero que mueren en las faldas de las montañas florecidas, al contacto con la luz y el

aire libres. La altura quebró los botes del veneno llevado desde los limeños dormitorios sombríos. La lluvia lavó las manchas, el trueno y el rayo limpiaron los oídos y los ojos de los ensordecidos y de los miopes. Nuestro Congreso del Cuzco se penetró de un claro espíritu serrano. Nuestros pulmones respiraban mejor y nuestra sangre desintoxicada y activa dió a todos, aún a los más sórdidos, limpieza y alegría. Ya volviendo, después de la victoria, una medianoche en Crucero Alto, lavamos nuestros rostros y lavamos el rostro de los adormitados con la nieve nueva. Almas y cuerpos volvieron limpios y por largo tiempo duró el efecto purificador. Los reaccionarios limeños necesitaron meses para rehabilitarse a la atmósfera de las intrigas. ¡Hasta ellos!, ¿es posible?—habían vuelto más dignificados de la montaña.

Del Congreso del Cuzco,—lo dije en los discursos de inauguración y de clausura de la asamblea por no sé qué extraño acierto—, salió la nueva inspiración de la juventud peruana. De él, las Universidades Populares; de él, el interés de la juventud estudiosa por el problema social, de él la devoción por la causa indígena; de él, el magnífico sentimiento liberal que ofreció a América la victoria anunciadora del triunfo definitivo del futuro, el 23 de mayo de 1923; de él, el primer nexo con la juventud de trabajadores manuales. Muchos de los asistentes a ese Congreso, están en el destierro, todos casi están en la lucha. Los pocos ¿dónde están? se arrastran para que no olvidemos lo que fue la juventud ayer y, por repugnan-